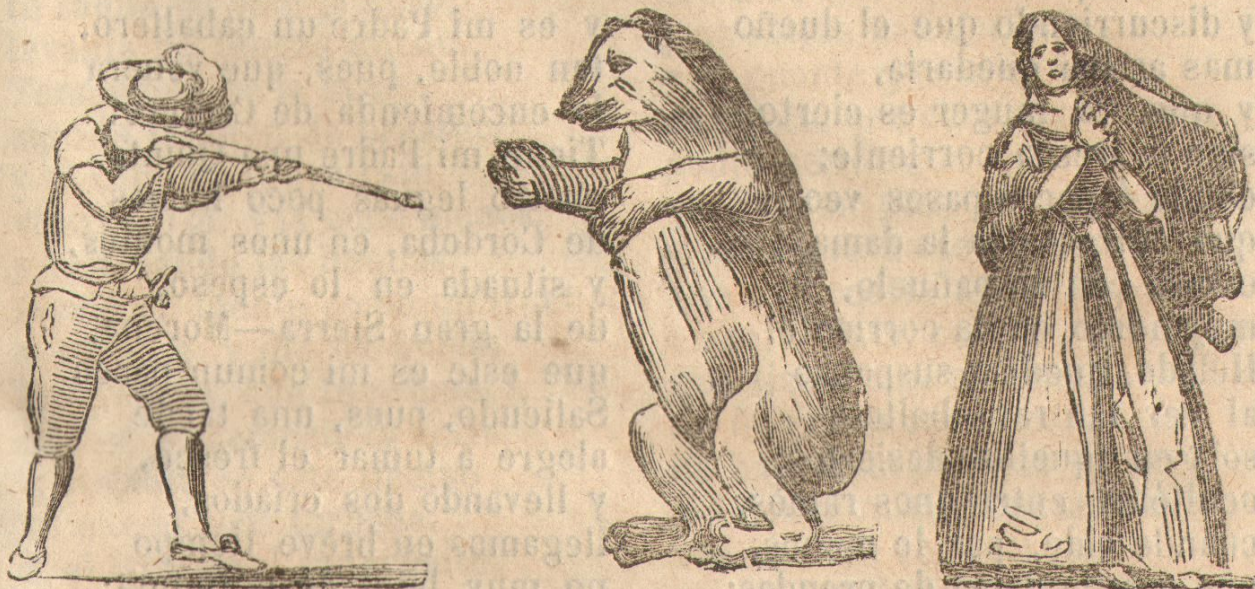


(Número 6.)

Antonio Narvaez y Rosaura.



PRIMERA PARTE.

DE LOS AMOROSOS LANCES Y PARTICULARES SUCESOS QUE acaecieron á una hermosa dama llamada Rosaura, y á su amante D. Antonio Narvaez, natural de Córdoba; dase cuenta del modo con que se descubrió á la dama en Sierra-Morena que la guardaba un Oso, y como dicho caballero lo mató; con todo lo demás que verá el curioso lector.

A olvidar vanas memorias
á divertir pensamientos,
á dar principio á mis ancias,
(esta es la verdad y lo ciento.)
Sali, pues una mañana,
cuando Abril de flores lleno,
consuela con su fragancias
los valles, montes y cerros:
alegre me divertía
en la maleza y saliendo
dandole vista á unos montes

donde para un arroyuelo,
que en derretidos cristales
sirve á una selva de espejo:
y mirando sus corrientes
en una sombra me sientó:
y acabo de breve rato
que estaba sentado, veo
que bajaba por el agua
un guante el que yo de presto
lo saqué de la corriente,
y sacudiendolo, veo

que estaba todo bordado
 de letras de oro fino y terso,
 y unas letras que decían:
 soy de la hija de Venus.
 Confuso quedé al mirarlo;
 y discurriendo que el dueño
 mas arriba quedaría,
 y que era muger es cierto,
 sigo la fresca corriente;
 donde á pocos pasos veo
 que entretenida la dama
 estaba con un pañuelo,
 mojandolo en la corriente.
 Helado quedé y suspenso
 al ver tan rara belleza
 sola en aquellos desiertos:
 ocultéme entre unos ramos,
 cuando vide, por lo menos,
 que era la dama de prendas;
 y á medio ceñir el cuerpo
 tenía una mantellina
 de muy rico terciopelo,
 y una capa pies de damasco,
 y de plumage un sombrero.
 Levántase empie la dama
 dió una vuelta, y echó menos
 el guante que yo tenía:
 siguió la márgen de presto,
 y llegando junto á mí,
 yo salgo de entre lo espeso:
 helada quedó de verme:
 y dice ¡Valgame el cielo!
 Si acaso habrá quien me ampare,
 hagalo usted caballero.
 Yo le dije hermosa dama
 encanto de estos desiertos,
 pasmo de estas soledades,
 yo de estas selvas lucero,
 ¿que haceis sola en este sitio?
 Y me dijo caballero,

siéntate y te contaré
 mi tragedia en breve tiempo,
 porque estás en gran peligro.
 Y te digo lo primero,
 como en Córdoba nací:
 y es mi Padre un caballero,
 tan noble, pues, que venera
 la encomienda de Carrero.
 Tiene mi Padre una Quinta,
 cuatro leguas poco menos
 de Cordoba, en unos montes,
 y situada en lo espeso,
 de la gran Sierra—Morena,
 que este es mi comun paseo.
 Saliendo, pues, una tarde
 alegre á tomar el fresco,
 y llevando dos criados,
 llegamos en breve tiempo
 no muy lejos de la Quinta;
 cuando de repente vemos
 que estaba junto á nosotros
 un brabo animal sangriento,
 un Oso, cuya cabeza
 causaba temor el verlo:
 los tres caimos en tierra;
 y cuando volví en mi acuerdo
 me halle en estas espesuras
 sin que tuviese remedio:
 y para que me alimente
 me trae líquidos y tersos
 panales de miel y cera
 y con ellos me alimento.
 Esto es lo que me sucede;
 y ahora por Dios te ruego
 que te apártes del peligro,
 porque si viene el sangriento
 bruto, y contigo me haya,
 te dará la muerte luego:
 vé á mi casa, y á mis Padres
 dá el referido suceso.

Yo le dije: hermosa dama,
 ¿qué bruto ni qué soberbio
 animal será bastante
 á librarse del incendio
 ó rayo de mi escopeta?
 y así si quieres que luego,
 te saque de este peligro,
 levanta no tengas miedo.
 Tomándola de la mano,
 sigo la márgen de presto:
 y al cabo de breve rato
 vino el Oso, y la echó menos;
 y rastreando las huellas
 siguió el monte como un trueno:
 nos divisó, y dió un bufido
 tan grande, que te prometo,
 que se estremeció la selva
 y la dama en este tiempo
 se quedó toda turbada.
 Y el irracional sangriento,
 para quitarnos las vidas
 se fue acercando soberbio
 y encrespando la guedeja:
 yo asegurando de presto,
 dandome licencia el muelle,
 despidió el cañon soberbio
 cinco saetas de plomo,
 que al animal en el pecho,
 sin reparar su fiereza,
 le abrieron cinco agujeros,
 que por el menor la muerte
 supo anchuroso entrar dentro;
 dió un bufido, y al instante
 midió con su cuerpo el suelo:
 y volviendo en si la dama,
 me echó los brazos al cuello.
 Bizarro jóven; decia,
 el ser tu esposa prometo
 en pago de esta fineza.
 Yo la respondí: concedo.

Nos dimos palabra y mano,
 de esposos, y prosiguiendo
 me dice: toma esta cinta,
 que días há que la tengo
 para el que fuere mi esposo:
 y si no quieres creerlo,
 ella dira la verdad,
 y quedarás satisfecho;
 y el guante que mio tienes
 guardalo, que en algun tiempo
 podrá ser de que te sirva:
 quedate en paz, dulce dueño,
 y mira que no te olvides
 que á la cuarta noche espero
 en mi Quinta, en una reja
 que tiene unos maceteros
 de fragantes azucenas;
 no haya falta por que espero,
 y á breve rato, en el monte
 vimos venir con estruendo
 nueve hombres á caballo
 y la dama conociendo
 á su Padre y dos hermanos,
 y otros de acompañamiento
 que la venian buscando,
 me dijo querido dueño,
 conviene que ahora te apartes,
 porque al primer movimiento
 han de quitarte la vida,
 y no con viene que á ellos
 hagas fuga en este sitio.
 Ocúltame entre lo espeso
 sin ser visto de ninguno;
 llegaron en breve tiempo
 los que venian á caballo
 con alegría y contento:
 llegaron y la abrazaron,
 y de aquel sitio se fueron.
 Yo me quedé en la espesura
 confuso, triste y suspenso:

saqué la cinta de seda
 desdoblela, y un letrado
 hallé en ella que decía:
 el que de esta fuere dueño
 también será de Rosaura,
 esposo, queriendo el cielo.
 Quedé alegre con mi cinta,
 y breve á mi casa vuelvo:
 y montando en un caballo
 una tarde cuando Febo
 quería ocultar sus luces,
 vuelvo á buscar á mi dueño:
 dile, pues, vista á la Quinta,
 y allí me estuve encubierto,
 hasta que la oscura noche
 tendiera su manto negro,
 A un árbol até el caballo
 por que no anduviera inquieto:
 le eché porción de cebada
 en la capa y con secreto
 paseé toda la Quinta:
 llegué al referido puesto
 del balcon, hice una seña,
 y la dama con anhelo
 salio al balcon y me dijo:
 Amante y querido dueño,
 conviene de que esta noche
 me saques, porque sé cierto
 de que mi padre me tiene
 prometida á un caballero
 de Madrid, esto no dudes.
 Pero fortuna, ¡qué presto
 me transformaste en tu rueda!
 Fué que un criado á este tiempo

me vido hablar con Rosaura
 entró dentro como un trueno,
 dándole cuenta á su Padre;
 al punto se previnieron
 los que estaban en la Quinta,
 y yo ignorando el suceso
 me dispararon dos tiros,
 pero dieron en el suelo
 las valas; y yo animoso
 me opuse con todos ellos:
 dispare tres carabinas,
 y á uno quité los alientos,
 hiriendo á los dos hermanos
 de la dama; y conociendo
 que era cosa imposible
 en el referido empeño
 poder sacar á Rosaura,
 me escapé de todos ellos.
 Fui donde estaba el caballo,
 monté en el, y como un trueno
 á Cordoba di la vuelta:
 pero como estaba ardiendo
 en amores de Rosaura
 en vivas ansias mi pecho
 quise volver á buscarla,
 y desierto me digeron
 como su Padre, agraviado
 del referido suceso,
 una noche la sacó
 y no saben donde fueron.
 Del modo que yo quedé
 considérelo el discreto
 y en otra segunda parte
 daré fin á este suceso.

Fin de la primera parte.

SEGUNDA PARTE.

*EN QUE SE PROSIGUEN LOS
Sucesos de Rosaura y D. Antonio
Narvaez: dáse cuenta de varios lan-
ces, y como se la trajo á Córdoba,
donde se desposaron, y lo demas
que verá el curioso lector.*

Ya dije en la primera parte como quedé tan absorto en Cordoba, sin saber de Rosaura, y de este modo adquirí algunas noticias: sagaz, astuto y mañoso solicité la amistad muy estrecha con un mozo de la casa de Rosaura; y éste me dijo á mi, como á Madrid se la llevaron: aqui quedé mas absorto, por saber de que su padre la prometió afectuoso en Madrid á un caballero:

á buscarla me dispongo; y un amigo me prestó cincuenta pesos en oro. Y disponiendo el viage, al punto el camino tomo: salgo de Córdoba, y entro en aquel espeso toldo de la gran Sierra—Morena, aquel pirámide bronco, aquella torre de ramas, aquel paraíso tosco de fragantes azucenas; busco á Rosaura en troncos; loco sin sentido digo: montes, aves, fieras, mónstruos,

Aves que volais, decidme
 con vuestros pices sonoros,
 ¿pasó por aqui Rosaura?
 no me lo negueis piadoso:
 no hallo á mi pena consuelo;
 brebe las jornadas cojo.
 Entré en Madrid una tarde:
 aqui quedé mas absorto,
 por mirar en este sitio
 gentío tan numeroso:
 porque buscar á Rosaura
 en sitio tan tumultuoso,
 era buscar una aguja
 en ese salado golfo.
 En fin, pasé á una posada;
 tomo cuarto, me acomodo,
 di principio á mis intentos
 escudriñandolo todo;
 los balcones de palacio
 registro muy cuidadoso
 que como Rosaura era
 encanto tan prodigioso,
 me pareció que en palacio
 depositarla era poco.
 En Madrid gasté diez meses
 de este referido modo,
 sin saber en que parage
 asiste la que yo adoro.
 En fin, pasé á despedirme
 del lucero prodigioso
 de Atocha sagrada Reina,
 Madre de Dios poderoso:
 entré en su casa una tarde,
 y á su sagrado me acojo:
 la dije: Sacra Princesa,
 Madre de los hombres todos,
 conviene el que Rosaura
 sea mi esposa, en vos pongo
 hoy todas mis esperanzas,
 pues que soy vuestro devoto.

Esta peticion la hice;
 salgo del templo lloroso
 en ocasion que pasaban
 dos coches: yo cuidadoso
 miro por las vidrieras
 del uno, donde conozco
 y veo como es Rosaura;
 aqui quedé mas absorto;
 me pareció que soñaba
 sigo el coche presuroso
 en breve tiempo llegamos
 á un palacio suntuoso;
 donde desmontan del coche,
 se entran en su casa todos.
 Confuso quedé en la calle:
 y preguntándole á un mozo
 que trae las mulas le dije:
 Amigo, porque lo ignoro:
 ¿es de Córdoba esta dama
 que entró dentro? dijo pronto:
 Es verdad lo que usted dice,
 de Córdoba es, y ha poco
 que vino aquí esta Señora;
 mi Señor es Tio propio
 suyo, y la tiene tratada
 de casar con un famoso
 caballero de Madrid.
 Vertiendo llanto mis ojos
 fui á mi cuarto, discurriendo
 arbitrios, trazas y modos
 para que sepa Rosaura
 que estoy en Madrid: dispongo
 lo mejor que fué comprar
 cuatro cintillos de oro
 muy ricos, y un cofrecillo
 pequeñito y muy curioso:
 metí dentro los cintillos
 y el guante que en el arroyo
 perdió Rosaura, y la cinta
 que tambien me dió á mi propio,

cuando la encontré en el monte,
 y resolviendome á todo,
 en el nombre de su Padre
 la escribí de aqueste modo:
 Hija Rosaura, permitan
 hoy los cielos poderosos
 el que estas letras te hallen
 como deseo yo propio:
 en casa para servirte,
 quedamos todos gustosos:
 te envío cuatro cintillos
 muy ricos de fino oro,
 y la cinta que me diste
 que te guardara yo propio:
 bien te acordarás, Rosaura,
 del guante que en el arroyo
 perdiste, tambien te envío,
 y todo lo lleva un mozo.
 No dije mas, y con esto
 cierro la carta y le pongo
 la llave á mi cofrecillo.
 Tomé la calle brioso,
 llegué al postigo y tocando,
 al instante bajó un mozo
 y le dije, Caballero,
 de parte de D. Antonio
 de Carrero, que reside
 en Córdoba, traigo un poco
 recado aquí á una Señora,
 y allá me dijeron como
 asistia en esta casa.
 Al punto respondió el mozo:
 no se puede ver ni hablar.
 Yo le dije importa poco,
 no necesito de verla,
 ni hablarla tampoco, solo
 diga usted á esa Señora
 que si mañana á las ocho
 no ha escrito carta; no puedo
 llevarla, que me es forzoso

el irme en esta hora.
 Respondió: lo diré pronto:
 tomó el cofre y se entró dentro:
 yo me despedí gustoso,
 donde pasé aquella noche
 revolviendo promontorios
 de pensamientos, y el dia
 vino con rojos asomos.
 Llegué al postigo, y tocando,
 con pasos muy presurosos
 salió Rosaura, y con ella
 salen otros seis ú ocho.
 Helada quedó de verme,
 salióle el color al rostro,
 y me dijo caballero,
 ¿sois de Córdoba? y respondo:
 no Señora, pero soy
 de cerca de sus contornos,
 y asisto, para servirle,
 en el arroyo del Oso.
 Dijo Rosaura, ya he visto
 ese sitio montuoso.
 Digale usted á mi Padre
 que no sea perezoso
 en ejecutar lo escrito:
 y con disimulo áiroso
 me dió Rosaura un carta,
 que decia de éste modo:
 Aunque en nombre de mi Padre
 me escribes con tal rebozo,
 el guante y la cinta dicen
 que eres mi querido esposo:
 supuesto que me has buscado
 tan atento y cuidadoso,
 has de saber, dulce dueño,
 que mi tío cuidadoso
 me ha tratado casamiento
 con un caballero mozo
 de aqui de Madrid: mas tú
 solo eres mi querido esposo;

para esta noche á las doce
 vendrás, dueño mio, solo,
 y en una reja que tiene
 dos palmos, estarás pronto
 en hacer alguna seña,
 que este es mi retiro propio,
 y una cuerda de diez varas
 has de traer que es forzoso
 bajar desde una azotea,
 que aunque el paso es peligroso,
 atropellaré peligros
 porque tú seas mi esposo.
 No dijo mas, y con esto,
 señores quedé tan loco,
 que no llegué á presumir
 si era mio tanto gozo.
 Tocó el reloj á las doce,
 tomé la calle brioso,
 llegué al postigo y tocando,
 con pasos muy presurosos
 salió Rosaura y me dijo:
 amante y querido esposo,
 recibe esta ropa y dame
 la cuerda, y disela pronto.
 Aseguróla, y bajando
 con un denuedo animoso,
 recibéndola en los brazos
 tomé la calle animoso.

FIN.

CARMONA:—1858.

Imp. de D. José M. Moreno, calle Juan de la Cabra núm. 4.

El placer que aquella noche
 tuve, nótele el curioso.
 Al siguiente dia salgo
 con un ingenio mañoso,
 en un coche que pasaba
 á Córdoba, la acomodo,
 donde iba un caballero
 y una señora, gustosos
 de haber un pleito ganado
 nos recibieron gustosos
 y Rosaura á los señores
 contó su suceso todo.
 A su casa nos llevaron,
 y en persona pasó él propio,
 dió cuenta al Señor Obispo:
 pero el pastor animoso
 mandó que nos desposaran,
 y lo ejecutaron pronto,
 y componiendo las partes
 quedaron todos gustosos.
 Y porque de los oyentes
 habrá algunos deseosos
 de saber mi nombre, digo
 que me llamo D. Antonio
 de Narvaez y me obligo
 para servirlos á todos,
 porque perdonen mis faltas
 y yerros que no habrá pocos.